

La calle para el viernes 4 de diciembre de 2009
Diario de un espectador
Cárdenas y el exilio
por miguel ángel granados chapa

Aunque se habla sobre todo de los intelectuales, creadores, profesores, que se asentaron en México desde 1939, tras la derrota de la república española, “sería un grave error creer que el perfil de los refugiados españoles fue sobre todo académico y artístico. A partir del gran aluvión migratorio que comenzó con la caída de Cataluña en el invierno de 1939, cuando el 1 de abril de ese año Franco se pudo jactar de que la guerra había terminado, para muchos españoles que abarcaban un variado espectro de ocupaciones, origen social y edades, apenas comenzaba la otra gran batalla para sobrevivir en el destierro.”

Eso afirma la doctora Clara E. Lida en su libro reciente sobre ese fenómeno social y político, *Caleidoscopio del exilio*, que publicó apenas hace unos meses El Colegio de México, una sólida institución académica mexicana que resultó de la evolución de la Casa de España en México.

“En efecto –agrega--, en febrero de 1939, ya derrotado el ejército republicano en Cataluña, Isidro Fabela se trasladó de Ginebra a los Pirineos franceses para apreciar de cerca el problema del gran número de los casi 450,000 exiliados que se habían visto obligados a buscar auxilio en Francia en el transcurso de la guerra civil, muchos de los cuales –poco menos de las dos terceras partes—habían sido confinados a su llegada en campos de internamiento. Hay que precisar que todavía a mediados del año siguiente, el ministro de México ante el gobierno de Vichy, Luís I. Rodríguez, señalaba que los españoles internados en campos de concentración improvisados para recibir a los republicanos españoles era aproximadamente unos 40,000 cuando –según él—en Francia quedaban ya sólo unos 300,000. Un año y medio antes, en su recorrido por diversos campos franceses, Fabela pudo observar las terribles condiciones de hacinamiento, miseria, hambre y enfermedades que prevalecían en ellos y la desolación de los hombres, mujeres y niños internados allí, muchas veces separados de sus familiares. Isidro Fabela inició entonces una intensa campaña para apresurar la inmigración a México, apremiado por la amenaza inminente de que Francia reconociera al gobierno de Franco y decidiera repatriar a los refugiados. Con el apoyo de otros diplomáticos, entre quienes estaba el cónsul general de México, Gilberto Bosques, instalado en Marsella desde mediados de 1940, del propio gobierno republicano y de varios organismos del exilio, el ministro comenzó a seleccionar a los refugiados que querían trasladarse a México. Según el propio Fabela, entre quienes le habían expresado el deseo de hacerlo no sólo había un número considerable de profesores universitarios, sino también de otros profesionales, médicos, ingenieros y abogados. Asimismo, abundaban los agricultores, los mecánicos y técnicos en diversas industrias, y los militares y aviadores que también deseaban radicarse en este país americano...”

“Unos meses después, en el penúltimo informe de gobierno...Lázaro Cárdenas explicaba que México acogía a la población española desplazada por la guerra civil ‘en cumplimiento de reglas universales de deberes universales de hospitalidad y que frente a las desgracias colectivas de España, se abrieron las puertas de México a los elementos republicanos que no pueden estar en su patria sin peligro de sus vidas’. Y poco después el Presidente señalaba la esperanza de que incluso sus enemigos políticos reconocieran ‘y llegaran a estimar en todo el país los beneficios que recibe México con la aportación de esas energías humanas que vienen a contribuir con su capacidad y esfuerzo al desarrollo y progreso de la nación’.

“Pero más aún, a partir de 1940, por disposición del gobierno de Cárdenas se extendió la nacionalidad mexicana a los exiliados que lo desearan”.